



Vasili Grossman

Stalingrado

Crónicas desde el frente de batalla

Galaxia Gutenberg

V. Grossman en Stalingrado, 1942.

Vasili Grossman

(Berdichev, 1905-Moscú, 1964). Escritor y periodista ruso, cubrió con sus crónicas la batalla de Stalingrado y fue el primero en dar noticia al mundo de la existencia de los campos de exterminio nazis. Escritores como Maksim Gorki alabaron en su día la obra literaria de Grossman. Autor de novelas y relatos, *Vida y destino* es su obra cumbre, el *Guerra y paz* de la Segunda Guerra Mundial, cuya publicación sería prohibida por el régimen soviético de Jruschov y le valdría a su autor la condena al ostracismo. Su retrato de la sociedad de la URSS con el trasfondo de la guerra había puesto en evidencia el desmoronamiento moral e ideológico del comunismo y la fortaleza del alma humana ante el terror. Tras ser recuperada milagrosamente una copia del manuscrito, la obra pudo editarse allende las fronteras de la URSS en los años ochenta –de donde salió clandestinamente microfilmada– y se convirtió en un referente literario e intelectual. Grossman no llegaría a verla publicada.

Pocas batallas han sido tan determinantes para la historia de la humanidad como la batalla de Stalingrado. Y pocas han tenido un testigo en primera línea de fuego de la calidad humana y literaria de Vasili Grossman.

El autor de la memorable novela *Vida y destino* fue corresponsal de guerra con el ejército soviético durante toda la Segunda Guerra Mundial y nadie como él supo plasmar lo ocurrido durante la batalla de Stalingrado. Los textos que componen este volumen, extraídos del libro *Años de guerra*, narran lo vivido por su autor en el frente de Stalingrado desde la llegada del grueso de las tropas soviéticas a la ciudad en los primeros días de septiembre de 1942 hasta diciembre de 1942, cuando la batalla empieza a decantarse claramente del bando soviético. Leídas hoy, 75 años después del final de la batalla, las crónicas de Vasili Grossman muestran lo que sólo la gran literatura puede hacer: cómo la historia, más allá de las cifras y la cronología de los acontecimientos, se encarna en miles de destinos individuales, de personas concretas, soldados y civiles, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, y nos permite de esa forma comprender la intimidad del ser humano frente a las experiencias más extremas.

Este texto pertenece a la obra Años de guerra, de Vasili Grossman, publicada por Galaxia Gutenberg en 2009. La edición original de esta obra en lengua española fue publicada por Ediciones en Lenguas Extranjeras en Moscú en 1946.

La edición de Galaxia de la obra recuperó íntegramente esa traducción revisada y corregida.

Traducción del ruso

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero 2018

© The Estate of Vassili Grossman, 2009
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv
kinofotodokumentov, Krasnogorsk

Conversión a formato digital: María García
ISBN: 978-84-17355-24-1

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Volga-Stalingrado

Largo es el recorrido de Moscú a Stalingrado. Nuestro automóvil iba por los caminos del frente, bordeando ríos encantadores y ciudades llenas de exuberante verdor. Seguíamos caminos vecinales polvorientos, nivelados por las apisonadoras. Viajábamos durante el luminoso y azul mediodía, entre un polvo abrasador; al amanecer, cuando los primeros rayos del sol iluminaban fastuosamente las opulentas serbas maduras; viajábamos por las noches, cuando la luna y las estrellas brillaban en las tranquilas aguas del Krasívaia Mechá y flotaban en la áurea y rizada superficie del naciente y rápido Don.

Pasamos por Yásnaia Poliana. En torno a la casa se extendía un tapiz de hermosas flores, por las ventanas penetraba el sol en las habitaciones, y las paredes acabadas de blanquear, reverberaban. Solamente las calvas en la tierra, no lejos de la tumba en donde los alemanes enterraron a ochenta de sus muertos, y las negras huellas del incendio en las tablas del piso de la casa recordaban los desafueros de los alemanes en Yásnaia Poliana.

La casa de Lev Tolstói ha sido reconstruida, de nuevo abren sus capullos las flores, de nuevo aparece la solemne y sencilla grandeza de la tumba. Los cadáveres de los soldados enemigos han sido retirados y enterrados en los grandes cráteres que hicieron las enormes bombas alema-

nas arrojadas en Yásnaia Poliana. Y en estos sitios han crecido hierbajos de pantano.

Proseguimos nuestra ruta por la magnífica tierra invadida por la guerra. Por todas partes: en los campos, durante la labranza y la trilla, tras los caballos que tiran de los arados, en los tractores y en las máquinas segadoras-trilladoras, al volante de los camiones y en los peligrosos y difíciles trabajos en los apartaderos cercanos al frente, trabaja la mujer rusa. Ella fue la primera que corrió a la casa de Yásnaia Poliana, incendiada por los alemanes; ella es la que, con la pala, allana los caminos sin fin por los que circulan los tanques, las municiones y por los que chirrían las ruedas de los convoyes militares. La mujer rusa se echó sobre los hombros la formidable carga de la cosecha: la recolectó, ató las gavillas, trilló el grano y lo transportó a los almacenes. Sus curtidos brazos trabajan de sol a sol sin saber lo que es descanso. Ella administra las tierras cercanas al frente, con la ayuda de los muchachos y los viejos. No es fácil el trabajo para la mujer. Ved cómo suda ayudando a los caballos a sacar el carro atascado en la arena, repleto de ambarino trigo. Ella, empuñando el hacha, abate los corpulentos pinos, conduce las locomotoras, vigila en los pasos de los ríos, distribuye la correspondencia, trabaja sin descanso en las oficinas de los koljoses y de los sovjoses, en las Estaciones de Máquinas y Tractores. Ella no duerme por la noche y hace guardia junto a los graneros, vigilando el trigo recogido. Ella no rehúye la pesada carga del trabajo, no se atemoriza ante las pavorosas noches del frente, observa la lejana trayectoria de las bengalas, da la voz de alerta y hace sonar la carraca. La anciana de sesenta años Biriukova se pasó una noche de guardia en los graneros armada con el mango de una sartén, y a la mañana siguiente, riéndose, me contaba: «Estaba oscuro, la luna aún no había salido, sólo los rayos de un reflector recorrían el cielo. De repente oigo a alguien acercarse al granero y hurgar en la cerradura. Al principio me asusté. "¿Qué puedo hacer yo –pensé–,

pobre vieja, contra estos malditos?” Pero después, cuando recordé los sudores de sangre que les había costado a mis hijas cosechar el trigo para mis hijos, me acerqué sin hacer ruido, armada con el mango de la sartén, y grité con voz bronca, como un sereno: “¡Si das un paso más, disparo!”. Se escabulleron en el matorral como si se los llevara el viento. Apenas oí un ligero murmullo. Con mi mango de sartén los hice huir del granero».

La mujer rusa ha asumido el enorme trabajo en los campos y en las fábricas. Pero más agobiante que el del trabajo es el peso que oprime su corazón. No duerme por las noches, llora al marido muerto, al hijo, al hermano. Paciente, espera noticias de sus familiares desaparecidos. Con su magnífico y bondadoso corazón, con su claro y juicioso cerebro, soporta los duros reveses de la guerra. ¡Cuánta tristeza hay en sus palabras, cuán profunda y sabiamente ha comprendido la negra tormenta que asola el país, cuán infinitamente buena, humana y estoica es la mujer rusa!

Nuestro ejército tiene por qué luchar, tiene de qué estar orgulloso: su glorioso pasado, la Gran Revolución, y su tierra inmensa y rica. Pero también puede sentirse orgulloso de la mujer rusa; la mejor mujer de la tierra. Que nuestros combatientes recuerden a su mujer, a su madre, a su hermana, que teman más que a la muerte el perder la estimación y el amor de la mujer rusa, pues no hay en el mundo nada más elevado y honroso que este amor.

Muchas cosas vinieron a nuestro pensamiento mientras viajábamos hacia Stalingrado. El trayecto es largo. Aquí, el reloj va una hora adelantado. Y son otras las aves: los milanos, de cabeza grande, están inmóviles, aferrados a los postes del telégrafo con sus fuertes y plumadas garras; al atardecer, las lechuzas, de vuelo pesado y torpe, atraviesan el camino. El sol abrasa despiadadamente durante el día. Las culebras cruzan reptando la carretera. Y la estepa es ya otra: los exuberantes prados han desaparecido. La estepa es de color castaño y está cubierta de quemadas y raquíti-

cas matas de polvoriento ajeno, que se pegan a la resquebrajada tierra. Los bueyes arrastran las carretas, hay un camello quieto en medio de la llanura. Nos vamos acercando al Volga. Se siente físicamente la enormidad del territorio ocupado por el enemigo, una terrible sensación de angustia nos atenaza el corazón, no nos deja respirar. Es la guerra en el sur, la guerra en el bajo Volga, es la sensación del puñal enemigo, que ha penetrado profundamente en el cuerpo. Esos camellos, esa estepa llana y requemada, nos hablan de la proximidad del desierto, provocando en nosotros una sensación de angustia.

No se puede continuar retrocediendo. Cada paso atrás es una enorme y quizás irreparable desgracia. Un sentimiento que embarga a todos los vecinos de las aldeas del Volga, y que vive también en los ejércitos que defienden el Volga y Stalingrado.

Por la mañana temprano divisamos el Volga. El río de la libertad rusa parecía severo y triste en aquella hora ventosa y fría. Oscuras nubes bajas surcaban el cielo, pero el aire era claro y a muchas verstas se columbraba la blanca y escarpada orilla derecha y las arenosas estepas de la orilla opuesta. Las claras aguas del río se deslizaban amplia y libremente entre vastos campos, como si una gran cinta metálica uniera la ribera derecha con la izquierda. En las altas orillas, el agua formaba remolinos, haciendo girar cáscaras de sandía y desgastando los salientes arenosos; las olas se remansaban y hacían balancearse las balizas. Hacia el mediodía el viento barrió las nubes, el calor se dejó sentir; y el Volga, reflejando los rayos perpendiculares del sol, adquirió una tonalidad azul, velado por una tenue neblina. Tranquila y confiada dormitaba, arrullada por las aguas, la orilla arenosa, cubierta de un verde prado.

Produce, al mismo tiempo, contento y tristeza contemplar el más hermoso de los ríos. Barcos pintados de un color gris verdoso, cubiertos de ramaje marchito, descansan atracados en los embarcaderos; de sus chimeneas escapa

un débil hilillo de humo, cual si estuvieran reteniendo su escandalosa y agitada respiración, temerosos de ser descubiertos por el enemigo. Por doquier, hasta las mismas orillas se extienden trincheras, blindajes y zanjas antitanque. Junto a las en otros tiempos animadas y ruidosas travesías en donde se agolpaba indolentemente la muchedumbre, por donde pasaban chirriando los carros cargados de melones y sandías, desde donde los muchachos lanzaban sus anzuelos, se ven ahora baterías antiaéreas, ametralladoras, refugios y unos camiones camuflados que esperan su turno para pasar. La guerra ha llegado al Volga. En ninguna parte han resonado las descargas de la artillería como en las llanuras del Volga. El tronar de los cañonazos, sin obstáculos que lo amortigüen, reforzado por el eco, retumba potente, elevándose desde la tierra hasta el cielo y descendiendo de nuevo del cielo a la tierra. Este horrísono estruendo recuerda a la gente que la guerra ha entrado en una fase decisiva, que continuar retrocediendo es imposible, que el Volga es la línea principal de nuestra defensa. Y por las noches, en las aldeas del Volga, todas las viejas cuentan la misma historia de un general alemán prisionero, que dijo a los soldados que le capturaron: «Yo había recibido esta orden: ocupar Stalingrado y cruzar el Volga. Si no ocupamos Stalingrado, no nos quedará otro remedio que retirarnos a nuestras fronteras, pues entonces nos será imposible sostenernos en Rusia». Huelga decir que es una fábula, pero en ella, como en todas las leyendas del imaginario popular, hay más verdad que en muchas crónicas, y este pensamiento sobre el Volga y Stalingrado, sobre la batalla decisiva, inquieta a todos: viejos, mujeres, combatientes de los batallones obreros, tanquistas, aviadores, artilleros.

A finales de agosto los alemanes atacaron Stalingrado desde el aire. Ni una sola vez en toda la guerra habían efectuado un ataque de tal intensidad. El enemigo realizó más de mil vuelos, descargó su furia contra las viviendas, contra los hermosos edificios del centro de la ciudad,

contra las bibliotecas, contra la clínica infantil, contra los hospitales, contra las escuelas y centros de enseñanza superior. Un enorme resplandor rojo y una espesa humareda se levantaron sobre Stalingrado, extendiéndose a más de sesenta kilómetros a la orilla del Volga. Una de las más bellas ciudades de la Unión Soviética fue objeto de un bombardeo monstruoso. Los alemanes sabían con certeza que las fábricas más importantes se encontraban ubicadas en los arrabales de la ciudad, pero se ensañaron sobre todo con el centro. Al mismo tiempo que ejecutaba los ataques aéreos, el enemigo intentaba llegar al Volga por el norte de la ciudad. Las columnas de tanques, seguidas de camiones con infantería, amenazaron directamente, durante cierto tiempo, la zona norte de Stalingrado, el sector de la fábrica de tractores. El ataque del enemigo fue rechazado por la unidad antitanque del teniente coronel Gorélik y por la unidad de antiaéreos del teniente coronel Guerman. A su lado se batieron los batallones de obreros de la fábrica de tractores y de la fábrica Barricada, gente entre los cuales había magníficos artilleros, tanquistas y morteristas. Los tanques, los cañones, los morteros entraban en el campo de batalla tan pronto salían de los portones de las fábricas. Aquella noche de fuego las fábricas continuaron trabajando entre el fragor de las explosiones y de las llamas de los incendios. En el transcurso de los dos días de combate al noroeste de Stalingrado, el ejército recibió decenas de tanques y de cañones pesados. Los trabajadores, ingenieros y jefes de taller de las fábricas demostraron tener un coraje admirable. En las páginas de la historia de esta guerra permanecerá imborrable el nombre del alegre y temerario capitán Sarkisián, el primero que se enfrentó a los tanques alemanes con morteros pesados. Como también quedará en la memoria de todos la batería antiaérea del teniente Skakún. Tras haber perdido el contacto con el mando del regimiento, la batería estuvo luchando un día entero contra las fuerzas aéreas y terrestres del enemigo. Fue atacada por avio-

nes en vuelo picado y por tanques pesados. La tierra y el cielo, las llamas y el humo, las atronadoras explosiones de las bombas, el aullido de las granadas y las ráfagas de las ametralladoras, todo se confundía en un espantoso caos acústico. En la batería había muchachas que servían en los aparatos de puntería, en los telémetros y en los puestos de observación, resistiendo junto a sus camaradas artilleros. «Los han aplastado, han acabado con ellos», pensaba el jefe del regimiento cada vez que callaba la batería. Pero otra vez volvía a oírse el fuego acompasado y certero de los antiaéreos. El terrible combate se prolongó durante toda la jornada y sólo a la noche siguiente se presentaron cuatro soldados supervivientes, llevando a su comandante herido. Relataron que mientras duró el combate las jóvenes no bajaron ni una sola vez al refugio, aunque hubo momentos en que parecía imposible no bajar. Y el ataque por sorpresa del enemigo fue rechazado. La situación se estabilizó.

Así se abrió la primera página de la epopeya de la defensa de Stalingrado, página escrita con sangre y fuego, con la firmeza de los combatientes, con la valentía de los trabajadores, con el amor a la Patria.

¡La defensa de Tsaritsin y de Stalingrado! Sangrientos combates se desarrollan de nuevo en aquellos lugares donde las tropas rojas defendieron Tsaritsin. De nuevo en los comunicados se oye nombrar aldeas y poblados célebres durante la defensa de Tsaritsin; las tropas marchan junto a las antiguas trincheras, ahora cubiertas de hierbas, tan bien descritas por los historiadores de la guerra civil; no pocos de los defensores del Tsaritsin rojo –obreros, militantes del Partido, pescadores y campesinos– acuden ahora como voluntarios a defender el Stalingrado rojo.

Llegamos a Stalingrado poco después de un bombardeo. Aún flotaba en algunos sitios el humo del incendio. Un camarada de la ciudad nos mostró su casa reducida a cenizas. «Miren, ahí estaba la habitación de los niños –nos dice–. Aquí estaba mi biblioteca, y allí, en ese rincón donde

se ven esas tuberías retorcidas, era donde trabajaba, allí estaba mi mesa de despacho.» Entre los montones de escombros podían verse las patas retorcidas de las camas de los niños. En los agujeros abiertos por las llamas en los tejados asomaba un cielo claro y sereno. Sobre el edificio del hospital infantil, que lleva el nombre de Lenin, enseñoreaba un águila de piedra con un ala arrancada por la metralla. Los muros y la columnata del destruido Palacio del Deporte estaban cubiertos por el humo del incendio y sobre el fondo de un negro aterciopelado se destacaban deslumbrantes las blancas esculturas de dos jóvenes atletas desnudos. En las ventanas de las casas vacías dormitaban lustrosos gatos siberianos. Las verdes macetas respiraban el aire fresco a través de los cristales rotos. Los chiquillos recogían alrededor del monumento a Jolsunov trozos de metralla y cascos de granadas antiaéreas. En el tranquilo atardecer, la rosada belleza del ocaso, que penetraba a través de los cientos de cuencas vacías de las ventanas, inundaba el corazón de pesar. En muchos edificios se veían lápidas conmemorativas: «En este edificio el camarada Stalin pronunció un discurso en 1919». «En este edificio estuvo instalado el Estado Mayor de la defensa de Tsaritsin.» En el bulevar central se levantaba un obelisco con la leyenda: «El proletariado del Tsaritsin rojo a los combatientes de la libertad, caídos en 1919 a manos de los verdugos de Wrangel».

Stalingrado vive y vivirá. Imposible quebrantar la voluntad del pueblo que quiere ser libre. Destacamentos de obreros limpian las calles, las chimeneas de las fábricas humean y el cielo está cubierto de las redondas nubecillas de las explosiones de los proyectiles antiaéreos. La gente se ha acostumbrado enseguida a la guerra. Sobre las barcasas que efectúan el transporte de tropas vuelan sin cesar los cazas y bombarderos enemigos. Tabletean las ametralladoras, el fuego de los antiaéreos es incesante, y los marineros, contemplando el cielo, comen jugosas tajadas de sandía. Los muchachos, con las piernas colgando de la borda de

las barcazas, observan con mirada atenta los corchos de sus cañas de pescar; una mujer ya entrada en años hace calceta sentada en un banquillo. Cada día marchan al frente nuevos destacamentos de obreros. Stalingrado ha formado las filas de las fortalezas proletarias del país: Tula, Leningrado, Moscú. Estas fortalezas son inexpugnables. Entramos en una casa medio destruida. Sus habitantes están comiendo en mesas hechas de tablas y cajones, los niños soplan en los platos de sopa caliente. Uno de los camaradas militares levanta del suelo un libro medio quemado: «*Humillados y ofendidos*», lee en alta voz, mira a las mujeres sentadas sobre unos fardos a su alrededor y suspira. Una joven, comprendiendo el hilo de sus pensamientos, se le acerca y dice enfadada: «Esto no tiene nada que ver con nosotros. ¡Hemos sido ofendidos, pero no humillados! ¡Nosotros nunca seremos humillados!».

Por la noche deambulamos por las calles. En el cielo se oye el rún-rún de los motores. En silencio se entrecruzan los rayos de nuestros reflectores con los de los alemanes. Las rectas calles y las desiertas y anchas plazas presentan un aspecto solemne. Resuenan los fusiles de las patrullas. Los tanques se mueven con fragor y los tanquistas vigilan con atención las calles. La infantería marcha con paso rotundo y firme por el asfalto. Los rostros de los combatientes están pensativos y concentrados. Por la mañana habrá combate. Combate por el Volga, por Stalingrado. Recordamos todo el largo camino recorrido; de nuevo aparece ante nosotros la solemne y recogida Yásnaia Poliana, las abejas revoloteando sobre la tumba de Tolstói, el noble y fiel trabajo de las campesinas en los inmensos campos de la zona del frente, el Krasívaia Mechá a la luz de la luna, los cuentos de las viejas sobre el alemán prisionero que ha dicho: «Si no ocupamos Stalingrado, no nos quedará otro remedio que retirarnos a nuestras fronteras», el tronar de los cañones sobre el Volga, la estatua de bronce del piloto Jolsunov y los marineros que contemplan el cielo en la travesía del Volga. Es

amargo tener que combatir en el Volga. Pero no sólo debemos pensar en su defensa. Aquí, en el Volga, debe decidirse la suerte de la Gran Guerra por la Libertad. ¡Que caiga sobre el enemigo la espada de la victoria, forjada en las duras pruebas!

Y las tropas pasan y pasan por las oscuras calles. Los hombres marchan con rostro pensativo. Estos hombres serán dignos de su excelso pasado, de la Revolución, de aquellos que cayeron defendiendo el Tsaritsin rojo contra el ejército blanco. Estos hombres son dignos del amor de la laboriosa mujer rusa, no pueden perder su estimación.

Stalingrado,
5 de septiembre de 1942

Una compañía de jóvenes tiradores de automático

Al atardecer, recostados en un barranco de la estepa, echaban pestes del brigada. Descalzos en su mayoría, los tiradores de automático movían la cabeza consternados, se miraban las plantas de los pies rozadas y enrojecidas. El cuello les dolía a causa de la correa del automático. Algunos se habían puesto a lavar en el arroyuelo que corría al fondo del barranco. El agua cristalina se enturbiaba y adquiría una tonalidad marrón de los sucios peales que después tendían a secar en las ramas de los perales y guindos silvestres. Los muchachos, tocándose los dedos de los pies, suspiraban:

—¡Después de una marcha así, no estaría de más dar un descanso a las piernas!

Lázarev, un muchacho estrecho de hombros y con el pelo castaño claro, tan largo que le caía suavemente sobre sus hundidas sienes y nuca, decía con enfado: